

# mapocho

Revista de Humanidades y Ciencias Sociales  
N° 41 Primer Semestre de 1997

## HUMANIDADES

El corazón sumergido, poema develador de la poética de Rosamel del Valle, <i>María Eugenia Urrutia</i> .....	9
El viaje interior de la vanguardia: <i>Defensa del ídolo</i> de Omar Cáceres, <i>Miguel Gomes</i> .....	19
Poesía contemporánea en Cuba, <i>Juan Nicolás Padrón Barquín</i> .....	35
Los temas de muerte y la pobreza en las décimas de Violeta Parra, <i>Susana Munnich</i> .....	43
Ni identidad, ni modernidad. Novela chilena y contingencia histórica en los últimos veinte años, <i>Javier Pinedo</i> .....	55
Joaquín Edwards Bello y los judíos, <i>Salvador Benadava C.</i> .....	95

## CIENCIAS SOCIALES

Entre el abandono de las genealogías y el olvido de la ciencia política popular, <i>Enrique Fernández Darraz</i> .....	137
Crisis económica y respuesta popular. La convergencia proteccionista en Chile, 1876-1878, <i>Sergio Grez Toso</i> .....	147
La ley de instrucción primaria obligatoria: un debate político, <i>María Loreto Egaña B.</i> .....	169
Nuevas estrategias comunicacionales de la segunda mitad del siglo XIX en Chile: la prensa "raciocinante" de los hermanos Arteaga Alemparte, <i>Carlos Ossandón B.</i> .....	193

## TESTIMONIOS

Presentación de <i>Umbral</i> , de Juan Emar en la Sala América de la Biblioteca Nacional, Santiago, 22 de agosto de 1996	207
Palabras de Marta Cruz Coke M., Directora de Bibliotecas, Archivos y Museos; <i>Eliodoro Yáñez; Pablo Brodsky y Volodia Teitelboim</i> .....	209
Rolando Cárdenas Vera o la anatomía de un olvido. Homenaje a Rolando Cárdenas, <i>Juan Pablo Riveros</i> .....	219
Reiterar la forma de lo inasible (una mirada a la poesía de Tomás Harris). Homenaje a Tomás Harris, <i>Soledad Bianchi</i> .....	225

## COMENTARIOS DE LIBROS

Luis Moulian, <i>La independencia de Chile. Balance historiográfico</i> , <i>Miguel Valderrama</i> .....	231
Luis Correa-Díaz, <i>Lengua muerta. Poesía, post-literatura y erotismo en Enrique Lihn</i> , <i>Miguel Gomes</i> .....	235
Alberto Escobar, <i>Patio de letras 3</i> , <i>Lilian Uribe</i> .....	239
Osmar González, <i>Sanchos fracasados. Los arielistas y el pensamiento peruano</i> , <i>Jorge Peña Zepeda</i> .....	241
Nikos Kazantzakis, <i>Cristo</i> , Traducción y prólogo de Miguel Castillo Didier, <i>Luis Moulian</i> .....	246
Igor Goicovic Donoso, <i>Pasando a la historia. Los Vilos 1855-1965</i> , <i>Luis Moulian</i> .....	248



Sobre todo en la década del treinta, durante años y largas noches, solía ver a Juan Emar. Nos encontrábamos en la tertulia de Vicente Huidobro, Alameda abajo, casi esquina de Libertad. No había allí nada de palacio. El ambiente era intelectualmente desatado e incendiario, rebelión pura, entre cuatro paredes de un departamento austero. Allí el vino Santa Rita nos daba la pauta. Amén de un grabado de Picasso diseñando el rostro del dueño de casa, el constructivismo, acotado en la sección áurea y sus formas geométricas por su amigo Joaquín Torres García, pendía de los muros. Entrábamos en trance. Se discutía con acentos arrebatados; pero Juan Emar callaba. Macizo, resueltamente calvo, amable dentro de su retraimiento, en cierto sentido representaba el anverso del anfitrión, exuberante narciso, siempre atento a la reproducción de su gloria y a la defensa de su papel en la poesía contemporánea. Juan Emar en este capítulo se situaba en las antípodas, en la semimudez voluntaria. No se refería nunca a sí mismo ni a su obra. Sin decir palabra nos entregó sus libros *Ayer*, *Milán*, *Un año*. Por lo visto, hablaba por escrito.

Sospeché que, pese a su mutismo, escribía todos los días. No sé a qué horas se levantaba. Pero aparecía el mitológico pájaro inteligente de la noche. Añoraba París, porque era la ciudad de la revolución estética. Consta la certeza que Chile le parecía una soberana lata. De allí su pseudónimo, un españolizado “J en ai marre”. Se aburría con cara seria. Tenía sus razones. Había nacido en tierra del tedio, de la insipidez y las malas jugadas. Lo último era también, en otro sentido, la experiencia doméstica, porque este silencioso se crió en el hogar bullicioso de un hombre muy conocido. Su padre era una institución pública. Por algo don Eliodoro Yáñez tiene calle muy transitada en la capital. Se le consideraba político ducho y capaz. Muchos le auguraron la presidencia de la República. Pero no la obtuvo. Se le metió de por medio el mayor o coronel Ibáñez, que desde la presidencia le arrebató de paso también *La Nación*, diario que don Eliodoro había fundado. Lo empujó al exilio, con familia y todo. Servicio completo.

Su hijo Pilo, tan quitado de bulla, no siguió los pasos de su progenitor. Si la política con demasiada frecuencia es una categoría puramente externa, Pilo no se dedicaría a ella. Nació volcado hacia adentro. No tomó la palabra sino la pluma para dejar escrito en letras de molde que este país consideraba la cultura y, aún peor, el arte, una manía de gente dudosa. En aquel Chile de los veinte, Pilo Yáñez fue el más persistente y notable promotor de la “nueva sensibilidad”. Teorizaba, divulgaba la revolución artística que había estallado en Europa. Inauguró en el diario paterno una sección memorable. Llamó a sus escritos “Notas de Arte”. En comarcas soñolientas, donde aún no se habían percatado bien que la

\* Palabras de Volodia Teitelboim en la presentación de *Umbra* de Juan Emar, ceremonia realizada en la Sala América de la Biblioteca Nacional, el 22 de agosto de 1996.

invención de la fotografía caducaba la pintura naturalista, Pilo Yáñez se convirtió en un paladín del cubismo, cosa que horrorizó a académicos y amantes de las naturalezas muertas.

Si Huidobro tenía la pasión de los “Manifiestos”, Juan Emar también teorizaba sobre los nuevos momentos de la plástica y la literatura en términos chocantes para la mentalidad conservadora. Por esos años (1923–1925), en las cercanías de la Moneda, donde imperaba la politiquería, rodeada por golpes militares, Pilo a pocos metros, como absorto en su propia labor, producía sus “Escritos de Arte”. Lo hacía con cierta convicción del que trata de revivir un muerto. “—Aquí no hay nada que hacer —le decía a Huidobro en una carta del 20 de julio de 1923—. La palabra Arte con todos sus derivados queda absolutamente borrada de cualquier posibilidad chilena”.

Sin embargo, el creador, aunque viva en el infierno o en el desierto del Gobi, si está poseído por una auténtica decisión, hará lo suyo. Y Juan Emar lo hizo sin tener ninguna audiencia, salvo de algunos pocos tipos tan locos como él. Así este hombre —con mandíbula de boxeador y anchas espaldas, de gestos lentos, precisos y con una fugaz dulzura en los ojos oscuros— realizaba su tarea, sin tener respuesta. Pero no le doblarían la mano. Su diestra volvía a la carga. El escritor vocacional de cada día entregó un inconfundible *Diez*, que representa algo más que una literatura hermética, y ahora empieza a ser estudiado en universidades, por supuesto, extranjeras. Se dedicó a construir su umbral, que atraviesa para penetrar en las realidades escondidas, porque él no era hombre para quedarse en las superficies ni en lo obviamente visto. Mirará y escribirá reflejando la cara que se ve en la otra luna del espejo. Así, torturado por el sentido de su misión, escribió cinco mil quinientas páginas a modo de umbral para construir su edificio de escritor. Y lo hacía a conciencia de que era un exiliado interior en un Chile indiferente.

La suerte de Juan Emar nos dice que hay que practicar agujeros en la noche, perforar el muro de los silencios. Quería escribir el lado invisible de la literatura chilena, aquel que entabla relación inédita con la realidad, obedece a leyes causales diferentes, rechaza cánones congelados, el realismo copista.

Juan Emar constituye un desafío temerario en un país que, aunque se diga un millón de veces posmoderno, continúa siendo muy arcaico y regresivo. El futuro aquí es generalmente un tiempo retórico y la barbarie adinerada, amante de los desfiles de moda, sigue en una Edad de Piedra disfrazada. La divinización del modelo lleva a la cultura de los mecenas filantrópicos, que en lo político y estatal pueden ser salvajemente represivos y en lo cultural sibilinaamente supresivos, manejando a la perfección las censuras indirectas, sincronizadas respecto de aquel que estropea la paz de los elegantes cementerios.

Fue Juan Emar hombre de la otra mirada, de la pupila abierta al cambio de las formas y de los contenidos. Produjeron a su alrededor el vacío por el delito de proponer un punto de vista distinto. Fue un hombre para el cual descubrir es sinónimo de crear una cosa nueva en la región del espíritu. Sustentó la idea de la libertad de invención. Fue un vanguardista solitario, un francotirador en profundidad, obsesionado por las nuevas visiones en el dominio estético.

En aquellas veladas alucinantes este escritor de la literatura sumergida habló alguna vez sobre el absurdo de una mentalidad que hace de la mentira lo cierto y de la superficialidad la reina de los salones.

Ya no está pendiente la publicación de su vasto *Umbral*, que representa la entrada a un mundo personal, un signo y una voluntad. Quiso construir su propia casa, la casa del soñador libre. Es difícil que algún día sea un *best seller*, aunque un autor como Ionesco tuvo su público. Juan Emar, elemento *outsider*, joven colérico, de todas las edades, crítico de la cultura oficial, se constituye en hombre-referencia y en señalizador de un camino. En esta época se precisa mucho de la rebeldía de los que sienten que vivimos en una sociedad que adora falsos dioses en los más diversos altares. Hay en su obra muchas preguntas que en el fondo obedecen a una filosofía crítica y llaman a una transformación de fondo.

Juan Emar representa un espíritu pitagórico, seducido por el ansia del equilibrio superior, atemperado por el sentido de autoironía que a algunos podría parecer corrosiva. Pero fue sobre todo un constructor. Por eso habló de pilares y dinteles. Anhelaba la imposible perfección y aspiraba a un sentido de totalidad. Quería levantar una casa nueva para el espíritu. Como crítico de arte abrió en Chile una puerta a la búsqueda de horizontes inexplorados, creyendo a pie juntillas que “el hombre es, pues—así lo decía— un constructor de sí mismo y de su vida”. Buscó y —como pedía Picasso— también encontró algo. Formuló ángulos inesperados en su construcción, ventanales imprevistos. Y así trabajó en su sueño, ese sueño por otros olvidado, que sólo será reconocido y recordado a condición que algunos justos se propongan quebrar los silencios y terminar con los hoyos negros bien administrados que se tragan estrellas en ésta, nuestra galaxia criolla.

¡Aleluya! ¡Este es un acontecimiento! Se ha producido el milagro. Se ha editado la obra colosal, esa que muchos pensaron que nunca vería la luz. El propio autor, profeta pesimista, en un súbito destello de optimismo oblicuo, había vaticinado: “nadie iba a saber nada. Mi escondite consistía en no publicar, no, no publicar jamás hasta que otros, que yo no conociera, me publicaran sentados en las gradas de mi sepultura”.

Habrá que agradecer a aquellos que se sentaron sobre las gradas sepulcrales, entre ellos a Pablo Neruda, que en el prólogo a la edición de *Diez*, al cual, haciendo honor al laconismo del personaje tituló con dos iniciales, *J.E.*, versión económica que difícilmente anunciaría las casi cinco mil páginas del quizás más descomunal umbral literario del mundo. Neruda había insistido ante Pedro Lastra que tratara de publicar al gran ignorado, a quien consideró “precursor de todos”.

Así este libro que se estima “único y sin antecedentes en nuestra literatura” y que se pensó destinado a dormir inédito por los siglos de los siglos, ahora a treinta y dos años del fallecimiento de su padre, ha sido publicado gracias al Centro de Investigaciones Barros Arana, de la Biblioteca Nacional. Más que un milagro es una hazaña. Habrá que celebrar la proeza, felicitar a aquellos que se atrevieron con originales cuya extensión supera a la guía de teléfonos de Santiago, pero desde luego no contiene tantos nombres y es, mucho más creador y fasci-

nante. Debemos admirar a aquellos que desentrañaron palabras, signos, descifraron líneas no siempre tan claras en esa multitud de páginas a un espacio.

James Joyce intentó en su *Ulises* la aventura detallada de un día de la existencia. Tal vez Juan Emar tuvo *in mente* una obra por donde pasara toda la vida. Su tentativa se extiende a través del tiempo a partir de su anticipado Comala, San Agustín de Tango.

Alguien preguntará ante la magnitud y la libertad del texto: ¿pero qué es este insólito Polifemo? Un estudioso, Pedro Lastra, intenta ficharlo como “libro caudaloso y desplegado, novela, antinovela, escritura autobiográfica, crónica de épocas o espacios reales o imaginarios, crítica sobre literatura y artes, parodia teatral, fantasía exultante, historia vivida, relato de lo grotesco y descomunal, reflexión filosófica, meditación esotérica”.

Con todo, para saber qué es este gigante a primera vista enigmático, habrá que hincarle el diente, aunque sea de a poco, con calma, porque lo forma una suma de encadenamientos que deben digerirse con apasionada parsimonia.

Juan Emar —es sabido— casi no fue de palabra hablada, pero ahora nos resulta evidente que hablaba por escrito. Aquí tenemos la prueba, torrencial, abundante y expansiva, locuaz y meditabunda.

Después de tantos años de no verlo ahora lo veo instalado junto al *Umbral* rememoro escenas sucesivas vistas con mis ojos, separado ya de Mina, su prima y primera esposa; después al lado de Gabriela Rivadeneira en aquellas alucinadas sesiones huidobrianas, donde Pilo callaba, escuchando y observándolo todo con sus grandes ojos redondos de pájaro nocturno. Y luego junto a una Alice de la Martinière recobrada, Pepeche, a la cual conoció como modelo en las noches locas de Montparnasse.

Su progenie anda repartida por la tierra. Los hijos no olvidan al padre. Tienen nietos que escriben.

En París, la ciudad de su revelación, sigue viviendo su hija Carmen a la cual escribió en una carta: “*Umbral* es la vida de todos los días que, naturalmente se prolonga un poquito más que el diario vivir y, de repente, se mete a regiones algo peludas”.

Metámonos a esas regiones algo peludas porque agregarán “un poquito más a nuestro diario vivir”.

Ahora se hace a la mar el Barco Emar, que es una escuadra de cinco o más submarinos, o el *Umbral* de una construcción sorprendente de cinco pilares. Nos extiende una invitación al abordaje de lo no dicho, de un mundo por descubrir llamado Juan Emar.